



DISCURSO

PRONUNCIADO EN SAN ANGEL

P. D. M. C.

JUAN A. MATEOS,

en el octavo aniversario
de la batalla ganada á los franceses por el ejército
mexicano á las órdenes del invicto

GENERAL ZARAGOZA.

5 DE MAYO DE 1870.



MÉXICO: 1870.

IMPRESA DE N. CHAVEZ, A CARGO DE J. MORENO,
Calle de Cordobanes núm. 8.

CONCIUDADANOS:

NO es el recuerdo de hoy una gota caída en el océano de los siglos, ni una fosforescencia histórica que va á apagarse en las hojas del siglo XIX, libro abierto á grandes acontecimientos que han variado la faz de la humanidad.

La memoria evocada por nosotros en esta augusta y patriótica solemnidad, es un iris de gloria sobre la faz del suelo americano, es la corona inmortal cuyos laureles no serán arrancados por las tempestades del olvido; ellos vivirán frescos sobre las tumbas de nuestros mártires, y serán saludados por las nuevas generaciones.

Vosotros fuísteis testigos presenciales de esos hechos que pasaran como el monumento de nuestras glorias á la posteridad; vosotros escuchásteis la voz estruendosa de los cañones extranjeros; vosotros tuvísteis un clamor de entusiasmo al ver victoriosos los estandartes de la patria, y sin embargo me llamis á la tribuna popular para que os refera los gloriosos detalles de esa jornada!

Reunid á vuestros hijos en derredor de mí, como lo hacían nuestros padres cuando en las horas tranquilas del

hogar, nos contaban la historia sangrienta de la *insurrección*. Niños aún, nos despertábamos al rumor de aquellas leyendas sagradas, de aquellos romances patrióticos que anidaron en nuestra fantasía para salir despues como las águilas á cerniarse altaneros enmedio de un sol resplandeciente.

Esas grandes enseñanzas forman el sentimiento patriótico, son las lecciones del testamento histórico legado á una nacion que atraviesa el camino trabajoso que lo lleva á la cumbre de sus libertades.

México, despues de la catástrofe de la conquista y de la lucha de independencia, no habia sufrido hasta entonces un sacudimiento mas rudo y espantoso. La Europa como una nube cargada de relámpagos, se presentaba amenazante en nuestro horizonte amagándonos con sus rumores de guerra y de conquista.

Señora de los mares, invencible en sus montañas, vencedora en sus campos, y ceñida con la diadema de sus victorias, llegaría en sus naves á nuestras playas á llevarse entre sus despojos la libertad de un continente.

La hora habia sonado, tres naciones poderosas eslabonaron sus cetros, tegieron sus banderas, y on el alto tribunal de sus decisiones, resolvieron la conquista de México.

El universo entero fijó sus miradas en esa expedicion filibustera que abordaba las puertas del nuevo mundo. Pero el mundo callaba ante los poderosos, y la nave de la nacion se hundia lentamente con la calma de la desaparicion, era una nacionalidad que se desvanecia como una sombra en el infinito.

Habiamos retrocedido al siglo XVI, siglo por siglo, aventura por aventura, barbarie por barbarie. Ya no era el cristianismo que venia á redimirnos de la idolatría, ya no era la civilizacion armada que venia á la metamorfosis de un pais conquistado, era la diplomacia absorbente con la promesa de paz, paz tan absoluta que semejaría el silencio de los sepulcros. Bajo la oliva dormiria el sueño eterno una raza y una civilizacion.

Un pueblo que despierta es un volcan que hace erupcion: libras del esfuerzo del débil, porque es mas pujante que el vendabal. El duelo estaba aceptado; los gladiadores vendrian sobre la arena y la lucha seria terrible como la de David con el gigante.

Dios! ese Ser augusto cuyas álas dan sombra al universo: Dios, que pesa soberano sobre los destinos de la humanidad: Dios, que al contacto de su mano plega los huracanes y aquietta las olas revueltas del océano, abrió una catarata en aquella nube de esterminio, y aquellos colosos rompieron su odioso pacto, y el mundo viejo que los esperaba con el estandarte glorioso de su cruzada los vió asombrado tornar en silencio como el hombre que ha cedido á los embates de su destino.

La Francia con su gloria tradicional quedó en el anfiteatro y emprendió sola esa aventura queriendo arrancar un laurel á su osadía.

Penetró traidora en el estadio, ocultó su armadura bajo su ropaje para engañar á su adversario, traicionó su generosidad y dió un grito salvaje de guerra cuando se encontró fuerte en sus posiciones.

A que recordar ese borron histórico de los *Tratados de la Soledad*: el tribunal de los contemporáneos ha sentenciado, y la Francia ha sido condenada en el gran proceso.

Rotos los primeros eslabones de esa cadena de montañas que forman la defensa de nuestro suelo, destruidos los baluartes avanzados de nuestra línea, un solo empuje bastaba para apoderarse del corazon de la República.

El general Arteaga, el mártir de Uruapam, salpicó con su sangre las rocas de esa garganta que conserva la tradicion histórica en las cumbres de Aculzingo.

El ejército de la Francia impulsado por el huracán de la traicion, marchaba en son de conquista sobre nuestra tierra.

Hemos llegado al momento supremo.

La página va á trazarse con caracteres de fuego en el álbum de nuestras glorias.

I.

Al terminar la gloriosa jornada de las Cumbres de Acultzingo, el general Zaragoza emprendió su movimiento retrógrado, buseando un sitio á propósito para batir con éxito al ejército frances.

Varias veces se habia detenido en su tránsito, y recorrido los accidentes del terreno buscando las probabilidades del triunfo; pero desconfiado y receloso, continuaba en su peregrinacion, trayendo á una jornada de distancia al enemigo, que no cesaba de escaramucear con las guerrillas.

El 3 de Mayo de ese año histórico de 862, llegó con su ejército al frente de Puebla, dejando á retaguardia de los franceses una brigada de caballería.

La ciudad se puso en alarma; un sopor de muerte pesó sobre aquella atmósfera siempre pura, y el silencio de la expectativa tenia embargados á los habitantes y al mismo ejército.

Los batallones desfilaron sombríos por las calles abandonadas, y al son compasado de los parches, entraban en sus cuarteles.

El general Zaragoza, seguido del Cuartel Maestre y su Estado Mayor, subió á practicar un reconocimiento á los cerros de Loreto y Guadalupe.

El bravo general, montado en un soberbio caballo, y puesto arrogantemente sobre la gigante cúspide de aquella montaña, era una estatua ecuestre que simbolizaba el hecho mas glorioso de nuestra historia contemporánea.

Zaragoza ignoraba que las herraduras de su corcel des-

cansaban sobre ese pedestal que á las pocas horas debía levantarle la fortuna, y desde donde le contemplarian cien y cien generaciones en el recuerdo de las glorias patrias!

Tender su vista de águila, contemplar la llanura, las montañas próximas y la ciudad, abarcar las distancias y concebir simultáneamente su plan de campaña, fué obra de un momento, porque volviéndose á los generales que lo contemplaban en silencio, dijo con firme voz y ronco acento: "Aquí," y tendió su mano señalando el campo de la batalla.

Aquella palabra era un reto al destino, un aplazamiento á la victoria.

El relámpago del génio habia sulcado por su cerebro. El aliento de Dios habia pasado por su inteligencia.

En el espejismo misterioso de su alma, vió al ángel de la victoria: aquella vision era el apocalipsis del heroismo en la irradiación de su espíritu batallador.

* * *

La fama del ejército frances, trasmitida en los gloriosos episodios, traídos en las últimas horas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX, habian dado un prestigio sobrehumano á aquellos soldados, que llevaban en sus estandartes el laurel de la primera victoria cosechado en las montañas de la *Mesa Central*.

Nuestro ejército se sentia desconfiado, y para decirlo de una vez, comenzaba á perder la moral, levantada despues á la vista del entusiasmo y de la fé de nuestros caudillos.

Inferior en número, rebajado en el paralelo de instruccion y disciplina, sin mas elemento que el valor y la ab-

negacion, en el terreno de los hechos y de la verdad práctica, no podia luchar con el ejército frances.

Aquí acaban los cálculos de la mezquina inteligencia humana, para dar paso al juicio de Dios.

Un incidente terrible vino á dar tintas mas oscuras á la situacion.

Las hordas ensangrentadas, último y asqueroso resquicio de una bandería nefanda que se hundia en el fango del oprobio, se sintió alentada con los motines de Córdoba y Orizaba, y se dirigió en masa á prestar su apoyo al extranjero.

De aquel pequeño ejército que esperaba ya descansando sobre sus armas la llegada del invasor, se desprendieron dos mil hombres á contener las chusmas reaccionarias, quedando aun mas debilitado con aquella forzosa sangría.

Zaragoza no vaciló un solo momento despues de su irrevocable resolucion.

Se creia invencible en su sentimiento de inspirado y en el juicio de su patriotismo.

* *

Levantóse una fortificacion pasagera en los cerros de Loreto y Guadalupe, y á la madrugada del dia 4 el general Negrete ocupó esas posiciones con una division de 1,200 hombres, reforzándoles con dos baterías de batalla y de montaña.

En la plaza de San José se formaron tres columnas de ataque de á mil hombres, teniendo á la cabeza á los bizarros generales Berriozábal, Diaz y Lamadrid.

Quinientos caballos al mando del general Alvarez, y una batería de batalla, apoyarian el movimiento

Cuatro mil setecientos hombres, he aquí el total de la fuerza

con que contaba el ejército de la República para aventurarse en el primer encuentro

Pasóse el día en la mayor ansiedad, esperando el avance del ejército frances.

El impasible general Zaragoza no podía determinar aún su plan de campaña, porque ignoraba la actitud que guardaría el ejército enemigo, así es, que, centinela de aquellos hombres fiados á su valor para la defensa de la patria, esperaba sereno el momento del combate.

La ciudad callaba con ese silencio religioso del testigo, ante un gran acontecimiento.

Las cajas enmudecieron y las banderas yacían plegadas, esperando los primeros alientos de la batalla para mecerse sobre sus astas.

Toda aquella muchedumbre tenía fija en una sola mirada toda su atención; estaba vuelta al Oriente, por donde debían aparecer los ejércitos de la Francia.

El general Zaragoza recibió un parte de Amozoc, en que se le avisaba que Laurencez se detendría en ese punto toda la noche, y al amanecer emprendería su marcha sobre las posiciones republicanas.

Avanzáronse grandes trozos de caballería hácia el camino de Amozoc, y las tropas tornaron á sus cuarteles; la palabra "*mañana*" circulaba por todos los lábios.

El valiente general atravesó á escape delante de sus tropas, repitiendo con torvo acento como un sonámbulo: *mañana! mañana!*

II.

Estamos en las primeras horas del 5 de Mayo de 1862.

Los celages de la mañana comienzan á sonrosarse en el confin de un horizonte claro por las brisas purísimas de la madrugada.

En el fondo del cielo se levantan sobre su frente la *Malintzint* como deidad ante la cual se prosternaron nuestros mayores, y mas allá esos dos gigantes hermanos cubiertos con su armadura de hielo, que se llaman el *Popocatepetl* y el *Ixtlacihuatl*!

El Atoyac corre tranquilo rompiendo en las márgenes de flores sus cristales transparentes.

La lluvia de la noche convertida en perlas y brillantes oscila en las hojas de los árboles y salpica la alfombra de esmeralda de la llanura.

La estension está sola; algunas bandadas de pájaros atraviesan por intervalos volviendo á desaparecer y dejando limpia y trasparente esa gaza que media entre el cielo y el abismo.

La ciudad sale de las sombras de la noche y la luz comienza á iluminar su blanco caserío, y sus agujas se destacan con magestad y elegancia en el zafiro hermoso de la atmósfera.

Entre las confusas sombras del amanecer, se percibe una serpiente de escamas de hierro que parece salir del corazon de la ciudad.

Se escucha el ruido de sus anillos acerados, y se adelanta atrevida entre las laderas del camino, y sigue su ruta hácia el Oriente.

Aquel mónstruo es el genio de la guerra.

Es un ejército que busca con sus armas el pecho de su enemigo.

Todo aquel ruido sombrío se apaga, y el silencio recobra su magestad y su dominio.

Si un peregrino atravesase entre el crepúsculo de la mañana por aquellas rocas, no sospecharia ante aquel cuadro de paz y prolongada calma, que estaba sobre el formidable teatro de una catástrofe.

* *

Rasgóse al fin la bruma del horizonte, y los primeros rayos de un sol incandescente reflejaron sobre los volcanes, alumbrando de súbito la ciudad, y las montañas y la llanura, y vibrando en un cambiante de gloria sobre las armas de nuestro ejército, y dando de lleno con su esplendor en esos estandartes venerandos nacidos en la hora primera de nuestra independencia!

Las sonoras campanas de la basílica dieron el toque del *Ave María*, y como si aquel toque hubiese sido, no un eco religioso, sino una señal de alarma, las músicas todas del ejército que iba á combatir rompieron en sonos marciales, á los que respondieron mil vivas de entusiasmo que repercutieron en el fondo del valle y en el seno de granito de las montañas

El estandarte nacional ondeaba en las altas torres de las iglesias y de los palacios, y se desplegaba sobre el campo de la lid llamando á la lucha á sus adversarios.

Aquel sol cuya radiante luz habia sido llamada por Dios en el cuarto dia del *Génesis*, llevaria la gloriosa memoria de una batalla á las regiones occidentales.

* *

La verdad histórica suple en esta vez á la imaginacion del novelista: oigamos lo que dice sobre este memorable acontecimiento.

El general Zaragoza ha formado su batalla hácia la parte occidental de su campamento.

La ala derecha de su línea la cubren los invencibles cuerpos de Oajaca, los compañeros de aquellos valientes que guardan las tumbas abiertas por el incendio en San Andrés Chalchicomula

Allí se ostentan los carabineros de Pachuca, los lanceros de Toluca y los de Oajaca.

El centro, que es el lugar de honor, lo ocupan el valiente Berriozábal y Lamadrid, con las brigadas de México y San Luis.

La izquierda está apoyada en los cerros de Loreto y Guadalupe, con Negrete á la cabeza de 1,200 soldados de Puebla y Morelia.

Aquel ejército estaba orgulloso de sus combates y se sentia capaz de afrontar el choque enemigo por formidable que fuese.

La artillería sobrante se situó sobre los fortines de la ciudad.

Zaragoza asumió entonces la actitud histórica que determinó en ese dia su gigante figura en el mundo de la heroicidad y de la fama.

Esperó tranquilo la llegada del enemigo, sus labios permanecieron en silencio y en su faz algo habia de sombrío.

Napoleon I estaba triste, dicen los historiadores, la víspera de Austerlitz.



Alzóse una pequeña nube sobre uno de los baluartes del cerro de Guadalupe y vibró instantáneamente una detonacion.

El enemigo estaba á la vista!

Aquel telégrafo de la muerte produjo un estremecimiento nervioso en la ciudad, é hizo discurrir un frio terrible en el ejército de la República.

¡El enemigo estaba á la vista!

Zaragoza sintió el golpe eléctrico en su cerebro, y la inspiracion cernió sus álas sobre aquella frente de gigante.

Corrió sus acicates por los espumosos ijares de su corcel y se avanzó á sus soldados, que yacian inmóviles viendo el camino por donde comenzaba á aparecer el enemigo.

—Soldados! gritó con voz de trueno; os habeis portado como héroes combatiendo por la Reforma, vuestros esfuerzos han sido coronados siempre del mejor éxito, y no una, sino infinidad de veces habeis hecho doblar la cerviz á vuestros adversarios: Loma Alta, Silao, Guadalajara y Calpulalpam, son nombres que habeis eternizado con vuestros triunfos. Hoy vais á pelear por un objeto sagrado; vais á pelear por la Patria, y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistareis una dia de gloria. Nuestros enemigos son los primeros soldados del mundo; pero vosotros sois los primeros hijos del mundo y os quieren arrebatar vuestra patria.

Soldados! . . . *leo en vuestra frente la victoria.* Fé, y . . . viva la independencia nacional! . . . viva la patria!

Un grito unísono de entusiasmo se levantó de aquella muchedumbre, un solo grito que hizo estremecer los corazones con el aliento abrasador de la esperanza!

Zaragoza recorrió la linea deteniéndose ante los batallones, dejando caer un recuerdo de gloria, una memoria de triunfo una esperanza para el porvenir.

Las dianas, las músicas, los gritos de entusiasmo, se sucedian como el fuego de la erupcion.

Aquel ejército solemnizaba la victoria antes del combate.

Zaragoza estaba satisfecho.

Aquella fiesta patriótica calló repentinamente al toque de atencion dado por el clarin de órdenes del general.

* * *

Las guerrillas de caballería venían batiéndose en retirada y fogueando al enemigo, que avanzaba como una nube de tempestad sobre el campo republicano.

Avanzó á lo largo del camino iniciándose la batalla frente á la garita de Amozoc.

Repentinamente aquella masa se cargó á su flanco derecho y en su movimiento oblícuo llegó al pié del cerro de Amalucan, apoyándose en la hacienda de los Alamos, mientras sus baterías se situaron convenientemente frente á las posiciones de Loreto y Guadalupe.

Zaragoza comprendió el plan de Laurencez al ver su movimiento de flanco, y con la rapidez del rayo dió otro orden á su batalla.

Berriozábal, con la division de México, ascendió á paso veloz por las rocas, y se situó en la hondonada que media entre los cerros de Loreto y Guadalupe.

Honra á ese bravo general el orden con que efectuó el movimiento y su gran serenidad al frente del enemigo.

El general Antonio Alvarez, con los carabineros, cubrió la izquierda de las fortificaciones.

A la derecha, formando ángulo con los fortines, se extendía la línea de batalla desde el cerro de Guadalupe á la plaza de Roman, frente de las posiciones del enemigo.

A la misma altura del cerro y sobre el camino que sale para la garita, se situaron dos piezas de batalla protegidas por la brigada al mando de Lamadrid, que se prolon

gaba en línea de batalla hasta la iglesia de los Remedios.

Cerraba el costado derecho la division de Oajaca, apoyada en la plazuela de Roman con su dotacion de artillería, y á la espalda los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Tal era la situacion de los combatientes momentos antes de comenzar el combate.

Zaragoza sacó su reloj y dijo á su Cuartel-Maestre:
—Señor general, las *once y tres cuartos*.

A esa hora habia comenzado la batalla de Waterloo.

*
* *

De aquella nube tormentosa posada en la cima de Amalucan, se desprenden los primeros relámpagos que deben preceder á la catarata.

Los zuavos se desparraman en tiradores, cambiando sus tiros con las tenaces guerrillas de caballería, que no se replegan hasta ver salir las columnas de ataque.

Cuatro masas compactas de á mil hombres caminan sobre su flanco derecho en direccion al cerro de Guadalupe.

Pasan á lo largo del pié de la montaña siempre en movimiento oblicuo, hasta ponerse á tiro de cañon de las posiciones republicanas.

¡Qué bello era aquel espectáculo!

Los soldados marciales de la Francia, no desmentian esa fama que ha llegado al apoteósis; caminaban serenos, impacibles, arrastrando en su paso aquel lujo de trenes y sin desordenarse al recibir el mortífero fuego de la artillería que jugaba implacable sobre las columnas.

Colocan sus cañones en medio aquel huracan de proyectiles, y responden á la muerte que los ha seguido en todo su trayecto, con el bronce de sus baterías.

Las columnas atravesaban lentas y silenciosas el espa-

cio de Rementería que media entre Amalucan y Guadalupe, perdiéndose entre las ondulaciones y sinuosidades del terreno.

Desaparecieron unos instantes: era que ascendían por las rocas ocultándose de los defensores.

De repente las cabezas de los tiradores zuavos con la roja *calotte* coronando su tostada frente, con la mirada chispeante, asomaron por las orillas de la colina, ascendiendo atrevidos en pos de la victoria.

Los fortines hicieron el primer disparo, y la columna se sintió conmovida por la metralla.

Entonces la división Berriozábal se lanzó como el huracán al encuentro de la columna, y las bayonetas se cruzaron, y la sangre corrió á torrentes, y la muerte discurrió haciendo un estrago espantoso.

Aquella masa compacta onduló un instante, vaciló y retrocedió al fin en buen orden, hasta ponerse fuera de tiro.

*
* *

Un momento bastó para que se repusieran en su moral, los clarines tocaban á ataque y las columnas tornaron á embestir con denuedo.

Los zuavos, con la desesperación de la derrota, desafiaban á la muerte con un valor exagerado.

La columna avanzaba á paso de carga en medio de una tormenta de metralla.

Los fuertes de Loreto y Guadalupe vomitaban bronce y nuestra línea de batalla permanecía como una cadena de hierro eslabonando los dos cerros.

Los regimientos primero y segundo de marina y los zuavos intentan decidir el combate, y como leones se precipitan sobre la línea que los recibe á la bayoneta.

Negrete, que habia mandado á los zacapoaxtlas ponerse pecho á tierra, gritó con ese acento que Dios le presta solo á los buenos hijos de una patria agonizante:

—Ahora, en nombre de Dios, nosotros!

Aquella voz fué la evocacion sagrada al génio de la victoria, porque la columna francesa fué arrollada completamente y puesta en dispersion.

La gritería, dice un testigo presencial, era horrible; al ronco acento del frances se mezclaba la aguda *gama* del zacapoaxtla y el grito burlon de nuestros soldados del pueblo, apénas distinguidos entre los tiros y los clamores de muerte y exterminio.

En aquellos momentos el pundonoroso y valiente general Rojo, avisa al general Alvarez que era tiempo de lanzar la caballería para alcanzar una completa victoria.

Nuestros dragones se precipitan sobre los restos de la columna, que con una serenidad admirable se replega á su campo batiéndose en retirada.

No habian pronunciado aún su última palabra en la arena de la liza.

* * *

Laurencez estaba perdido y desmoralizado, dos ataques, con un éxito desgraciado lo tenian casi demente.

Se propone dar un último asalto, pero simultáneo, buscando de dos probabilidades una de éxito favorable.

Organiza una columna con los cazadores de Vincennes y el regimiento de zuavos, y torna á dirigirlos sobre el cerro de Guadalupe, mientras pone en marcha otra compuesta del resto de sus tropas y ataca la derecha de la batalla de Zaragoza.

Entonces los zapadores al mando de Lamadrid le salen al encuentro, y se empeña un terrible combate á la bayoneta

Una casa que se halla situada en la falda del cerro es el punto objetivo; los franceses se posesionan de ella, y son arrojados por los zapadores; la tornan á recobrar, y una lucha mas sangrienta aún se renueva en el sitio fatal.

El cabo Palomino se mezcla entre las zuavos y se bate cuerpo á cuerpo con el arrogante soldado frances, y el guion de los zuavos pasa á sus manos cuando su guarda ha lanzado el último suspiro por la herida abierta en el centro del corazon.

Los mexicanos que militaban á la órden de los franceses, estaban admirados, no podian creer lo que palpaban en aquellos momentos.

Los franceses se creian presa de una pesadilla horrible.



Las nubes se habian condensado y flotaban en los picos de las montañas.

Oscurecióse el cielo y una sombra oscura cayó sobre aquel campo escarvado y lleno de cadáveres.

Desprendióse una horrible tormenta confundiendo los truenos del rayo con las detonaciones de la artillería.

Abriéronse las cataratas de las nubes y el agua cayó á torrentes envolviendo á los batalladores.

La lluvia habia determinado la derrota de Waterloo.

La columna ascendia con dificultad en medio de la tormenta que se desplomaba, los toques de los clarines no cesaban de mandar el asalto.

Comprometiósese el combate de una manera terrible; Za-

ragoza, que veía lleno de ansiedad cuanto pasaba, envió á paso veloz al batallón Reforma en auxilio de los cerros donde zuavos y cazadores se disputaban la victoria.

Los mexicanos saltaron las trincheras, jugaban el todo por el todo.

Los franceses llegaron hasta los fosos.

En los parapetos de Loreto había una pieza de batalla que hacía un formidable estrago en las filas de los asaltantes; entonces los zuavos hicieron un empuje desesperado y se arrojaron sobre la pieza.

En aquellos momentos el artillero tenía en las manos el proyectil que iba á colocar en la boca del cañón, sin que hubiese tenido tiempo por la rapidez con que el zuavo había llegado al parapeto.

Tras de aquel hombre venía una multitud, que una vez apoderados del fortín, levantarían la moral de su ejército, y se perdía en un instante la gloria adquirida á costa de tanto sacrificio.

El soldado arrojó el proyectil á la cabeza de su adversario, que herido mortalmente, rodó en el foso del parapeto.

Los zuavos retrocedieron, avanzó la línea mexicana, y ya encarnizada en el último combate, acribilló á los franceses y se gozó siniestramente en su derrota.

Aquellos valientes que habían tocado con sus manos las piedras de los fortines, no sobrevivieron á la catástrofe de su ejército ni á la vergüenza de su bandera.



Quando las columnas envían las por Laurencez llegaban á los fortines de Guadalupe y Loreto, las fuerzas francesas se destacaban á la posición del general Díaz, avanzan-

de protegidas por un escuadron y una línea formidable de tiradores.

El valiente general acudió en auxilio del batallon de San Luis que estaba á punto de ser envuelto por el enemigo.

Movió en columna al batallon Guerrero á las órdenes de Jimenez, desplegando instantáneamente su batalla ganando el terreno á los franceses.

Empeñóse un sério combate siempre avanzando y haciendo retroceder al enemigo.

Habian adelantado tanto hácia las posiciones de Laurencez, que estaba próxima la columna á quedar aislada y comprometida; entonces el general Diaz envió á los batallones primero y segundo de Oajaca, al mando de Espinosa y Loeza, dando un impulso formidable con aquel auxilio, que desalojaron al enemigo de las trincheras naturales con que el terreno lo favorecia.

El éxito alentó al jóven caudillo, que destacó al batallon Morelos, reserva de la línea y mandado por Ballesteros, con dos piezas de batalla, reforzó la izquierda, y por la derecha envió á Rifleros con los escuadrones de Toluca y Oajaca.

Diaz quedó dueño del campo, y necesitó de repetidas órdenes de Zaragoza para regresar á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas de Laurencez, bajan de Guadalupe esparcidas y en completa dispersion, rechazadas en su última intentona y replegándose á la hacienda de San José.

Los restos ensangrentados de la última columna de ataque llegaron simultáneamente á la hacienda, donde tomaban aliento sus compañeros de infortunio.

Laurencez, al ver descender á sus soldados perseguidos por la caballería y en perfecta dispersion, se cubrió el rostro con las manos y lloró desesperado como un miserable, sin atreverse á levantarse la tapa de los sesos como Lord Raglan al vacilar las columnas inglesas en la toma del reducto de Malakoff.



La tempestad se había alejado en el horizonte arrollándose las nubes por el aliento pujante del vendabal.

El cielo estaba bañado con la luz del crepúsculo vespertino, y los pabellones de fuego del sol, en su descenso al occidente, inundaban la estension reflejando en visos de éscarlata sobre los volcanes y estendiéndose en olas de oro sobre la llanura.

La ciudad repicaba á vuelo, la poblacion acudia en masa al teatro del combate, y los parches guerreros y las músicas saludaban al ángel de la victoria.

El general Zaragoza, que habia permanecido durante la accion en la iglesia de los Remedios, desde donde habia dirigido hábilmente la batalla, atravesó delante de las filas de sus heróicos soldados con la frente descubierta, sin poder pronunciar una palabra, embargado por la mas santa de las emociones.

La presencia del general causó una profunda sensacion, los soldados lloraban, tomaban las riendas de su caballo, y Zaragoza llevaba húmedos los ojos y las sienes circundadas con el lauro inmarcesible de la victoria.

El *sol de Mayo* alumbraba aquella grandiosa escena y se tendia en un magnífico dosel tras aquella gigante figura, adoracion de un ejército y semidios en el templo de la patria.

* * *

El pabellon tricolor acribillado por Wellington en Waterloo se habia levantado sobre aquella arena ensangrentada y recorrido victorioso los campos de la Europa, prosternando á su paso á las naciones agueridas del viejo continente.

Habia llamado desde lo alto de sus glorias al genio de la fortuna.

Atravesó los mares tumultuosos del Septentrion para dejar en nuestros altares las hojas arrancadas á sus laureles en la mas negra de las derrotas.

De hoy mas el nombre de México formará época en las memorias dolorosas de la nacion francesa.

Al enlutar las águilas imperiales el 5 de Mayo, aniversario de la muerte de Napoleon I, la ráfaga de esos recuerdos arrojará el nombre de Zaragoza sobre ese monumento que se alza sombrío en el cuartel de los Inválidos á orillas del Sena!

* * *

El grito de la victoria lanzado desde la cumbre del Guadalupe, dijo al mundo de las nacionalidades: que la independencia de México no naufragaria en el estruendo revolucionario.

El pueblo ha atravesado por una senda de sangre y de combates heroicos en la derrota; generoso en los momentos del triunfo, pródigo siempre de su sangre en defensa de su patria, no ha escaseado sacrificio alguno ante las aras de su arrogancia patriótica y su lujo por la libertad.

Los patíbulos que levantó la tiranía, se cubren hoy de flores y las tumbas de nuestros mártires se embalsaman con el perfume santo de los recuerdos.

El cuadro sombrío de la *intervencion* y del *imperio* ha desaparecido; queda en pié como un monumento histórico, una peña sombría como la de Santa Elena, se llama *El Cerro de las Campanas*.

Sombra de Zaragoza! héroes sin nombre que salpicásteis con vuestra sangre el campo de los combates, recibid en el apoteosis sublime de vuestra gloria, la ofrenda inmortal del pueblo que os saluda y viene á jurar ante el fuego encendido de la patria, defender la independencia, como lo hicieron nuestros mayores: hacer respetar ese estandarte, enseña sacrosanta de nuestras libertades, y gritar con la fuerza de nuestro derecho delante de los pueblos libres y las nacionalidades oprimidas: ¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad!

